

## Programa de debates

- Primera Jornada  
28 de junio

### Coaliciones progresistas en el mundo globalizado

Danilo Astori  
Michael Ehrke  
Jaime Gazmuri  
Roberto Freire  
Coordinación:  
Ricardo Mazzorin

- Segunda Jornada  
29 de junio

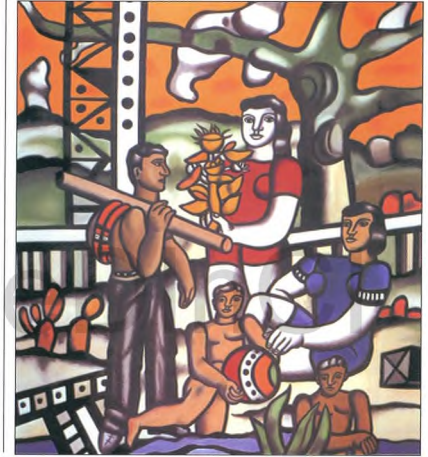
### La coalición progresista en la Argentina actual

Anibal Ibarra  
Federico Storani  
Coordinación:  
Juan Carlos Portantiero

# La Ciudad Futura

## Documentos/Separata

Esta Separata forma parte de *La Ciudad Futura* N°50, Buenos Aires, Primavera/Verano 2001



*Coloquio internacional*

## Coaliciones progresistas: problemas y perspectivas

En los países de nuestra región fue característica, durante el último período, la apertura de nuevas posibilidades para el triunfo electoral de partidos y alianzas históricamente identificados con programas de reformas con sentido de equidad social y reforzamiento de las instituciones republicanas. En tal sentido, como parte de alianzas gobernantes o desarrollando sus fuerzas en la oposición, las corrientes progresistas han ido

acumulando una importante experiencia política en las complejas condiciones mundiales imperantes. Así, el propósito de este coloquio, organizado en junio de 2001 por el Club de Cultura Socialista José Aricó y auspiciado por las Fundaciones Friedrich Ebert y Acción por la Comunidad, fue hacer un tratamiento colectivo de esa experiencia y explorar las posibilidades para la afirmación de coaliciones de centroizquierda.

## Intervenciones

En esta Separata *La Ciudad Futura* presenta una síntesis de las intervenciones de los participantes en el Coloquio internacional "Coaliciones progresistas: problemas y perspectivas", que se desarrolló a lo largo de dos jornadas. La

primera, dedicada al tema de las "Coaliciones progresistas en el mundo globalizado", y la segunda, referida a las manifestaciones locales de ese fenómeno, "La coalición progresista en la Argentina actual".

## Un debate imprescindible, en un momento crítico del progresismo

Edgardo Mocca

Los coloquios anuales del Club de Cultura Socialista José Aricó se han ido convirtiendo, aunque en una escala modesta y de pretensiones limitadas, en una institución del debate político y cultural de la Argentina. En las condiciones políticas en que hoy lo hacemos, se plantea el natural interrogante de si es pertinente situar en el centro de la agenda a los puntos con los que hemos convocado este coloquio. Hablar de las coaliciones progresistas parece una idea excesivamente audaz; particularmente en las condiciones de Argentina, en las que un clima de desánimo y de retracción política está atravesando, no sólo a la población en general, sino incluso a sus circuitos más activos y más proclives a la convocatoria de la

centro izquierda.

De todos modos, creo que, paradójicamente, la gravedad del momento y la crítica situación del progresismo en nuestro país son un motivo de estímulo para que el Club se decida a persistir en una línea temática sobre la que ya ha hecho otros encuentros. Algunos de los presentes recordarán, tal vez, cuando en uno de nuestros coloquios nos preguntábamos si puede la izquierda gobernar y seguir siendo izquierda. Esto era hace unos años. Hoy contamos con una experiencia más desarrollada en un conjunto de países de la región y con el intento parcialmente frustrado en nuestro propio país. De modo que, así como en otros momentos el Club y algunos de sus principales voceros y personalidades políticas del mundo progresista argentino y regional adelantaron en estos colo-

quios ideas que después fueron tomadas por la práctica política y convertidas en acción, también hoy tenemos una esperanza, cierto que modesta, de que este encuentro, aporte también ideas útiles y productivas, sobre todo por la presencia de las personalidades de los partidos y de los institutos de estudio de otros países que hoy nos acompañan. Es una alegría que el primer panel, que va a coordinar Ricardo Mazzorín, cuente con personalidades destacadas, que luego explicitaremos en forma desarrollada. Les agradecemos en nombre del Club de Cultura Socialista su presencia, y deseamos que su estadía y su participación en el coloquio sea de mucho provecho para todos. Quiero terminar agradeciendo el coauspicio de la Fundación Friedrich Ebert, que habitualmente apoya nuestros coloquios, y también de la Fundación Acción por la Comunidad, que preside el senador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Sigal.

## Participantes

• **Primera Jornada. Coaliciones progresistas en el mundo globalizado.**

**Introducción:** Edgardo Mocca, secretario del Club de Cultura Socialista José Aricó; Heinrich Sassenfeld, Representante en la Fundación Friedrich Ebert en la Argentina.

**Coordinador:** Ricardo Mazzorín (Club de Cultura Socialista José Aricó).

**Expositores:** Danilo Astori, senador por el Frente Amplio, Uruguay; Michael Ehrke, Departamento de Diálogo Internacional, Fundación Friedrich Ebert,

Bonn; Jaime Gazmuri, senador por el Partido Socialista, Chile; Roberto Freire, senador por el Partido Popular Socialista, Brasil.

• **Segunda Jornada. La coalición progresista en la Argentina actual**

**Coordinador:** Juan Carlos Portantiero, presidente del Club de Cultura Socialista José Aricó.

**Expositores:** Aníbal Ibarra, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Federico Storani, presidente del Comité de la Provincia de Buenos Aires de la Unión Cívica Radical.

## Las coaliciones tienen sus ritmos, pero dependen de las circunstancias

Heinrich Sassenfeld

El tema son las coaliciones progresistas. En este momento podemos hablar también de la coalición del Club de Cultura Socialista, y la Fundación Acción por la Comunidad junto con la Fundación Friedrich Ebert. Siempre estas coaliciones tienen sus ritmos. Y tienen perspectivas. Pero seguramente dependen siempre de las circunstancias. Dependen, ante todo, del interés que en este momento hay en Alemania y en Europa sobre América latina. Nosotros lo sentimos

muy fuertemente en los últimos años, cuando la prioridad estaba claramente orientada hacia Europa Oriental, incluso por las propias tareas que nosotros teníamos dentro de Alemania con el desafío de la unificación. Y eso ha ido en detrimento de recursos de financiamiento de la Fundación hacia América latina.

Pero, en fin, estamos aquí, tratando de hacer lo mejor. Y nos parece importante decir que abrimos la discusión, que tratamos de mirar más allá de las fronteras. Yo creo que está claro que Argentina, con eventos de este tipo, está siem-

pre muy cerca de lo que sucede en los países vecinos, en el Cono Sur y en América latina. Pero nos parece que éste es un tema donde también podemos dar alguna idea de lo que está pasando en Europa al respecto. Por eso hemos optado por traer a un colega de Alemania donde, aun en condiciones muy distintas, también se está hablando de coaliciones, y también, de una u otra manera, se está analizando qué significa progresismo hoy. Con mucho gusto estamos aquí nuevamente, y les deseo a todos muy buenas jornadas hoy y mañana. Y muchos éxitos en cuanto a las conclusiones que se puedan extraer para la práctica política aquí y en los países vecinos.

Primera Jornada

## Coaliciones progresistas en el mundo globalizado

Ricardo Mazzorín

Esta mesa, como anunciarnos, está formada por el senador nacional por el Frente Amplio de Uruguay, Danilo Astori, el senador por el Partido Popular Socialista de Brasil, Roberto Freire, el senador nacional por el Partido Socialista de Chile, Jaime Gazmuri, y Michael Ehrke, de la Fundación Friedrich Ebert. Se puede decir que entre 1980 y 1990 asistimos a un doble triunfo del neoliberalismo. Un triunfo hacia afuera, es decir, un triunfo contra los enemigos externos - en este caso, contra el socialismo real, triunfo que se expresó en la implosión de la URSS - , y un triunfo hacia adentro, en los límites mismos del sistema, que implicó la victoria del capitalismo individualista, contra el capitalismo mediatizado por el Estado de Bienestar. Estos fueron dos triunfos de las posiciones neoliberales, que se expresaron claramente en

aquellos años. Los términos en que se encarnaron estas ideas victoriosas son, para el triunfo contra el enemigo externo, el fin de la historia, el pensamiento único, la unipolaridad. Y el correlato para el triunfo en el frente interno, en el sistema, son la globalización, las privatizaciones, la desregulación, el Estado mínimo. Todos éstos, términos fuertemente ligados al éxito en los límites del propio sistema.

En los tiempos de apoteosis del neoliberalismo, estos éxitos no se probaron. Este triunfo político-ideológico no puede verificarse en términos de realidades objetivas. Si uno mira lo que ocurrió con el crecimiento mundial, entre 1965 y 1980, y lo compara con el crecimiento mundial de las décadas del 80 y del 90, lo que va a observarse es una caída del crecimiento del producto bruto mundial. Esto ocurre en los países desarrollados, y ocurre más dramáticamente en los países en desarrollo. Es decir, no hubo una acla-

ción del crecimiento. Más bien, por el contrario, hubo una desaceleración del crecimiento que ha tenido fuertes implicancias. Cada punto de caída en el producto bruto, en términos de producto potencial, ha implicado una pérdida de 250 mil millones de dólares, equivalente al producto bruto argentino. Y una pérdida de creación de fuentes de trabajo de ocho millones de empleos por año, en un mundo que demanda una creación anual de alrededor de 45 millones de puestos de trabajo.

Además, estos triunfos implicaron varias cosas. Implicaron, para empezar, un predominio de la esfera monetaria sobre la esfera de la economía real: lo que hoy conocemos como globalización financiera. Implicaron una espectacular redistribución de recursos a escala global, ya sea al interior de los mismos países, o entre países. E implicaron la formulación de una visión fundamentalista de la globalización. Si uno mira este aspecto de la redistribución, lo



que se observa, lo que la información disponible nos enseña, es que hubo una masiva transferencia de recursos a escala global entre los países en desarrollo a los países centrales. Esta transferencia masiva es el producto de este endeudamiento de la década del 80, que continuó en la década del 90. Si uno mira al interior de los países, todas las propuestas de privatización, de desregulación, etcétera, han implicado también una formidable transferencia de recursos. El proceso de privatización y desregulación permitió la captación de cuasi rentas por sectores empresarios, lo que ha llevado a una formidable concentración del ingreso. A lo que hay que agregarle los fenómenos tributarios, que aceleraron este proceso de concentración y de ensanchamiento de la desigualdad, esto al interior de los propios países.

Hoy leía a Stiglitz, que fue el segundo en la jerarquía del Banco Mundial y economista del *mainstream*, en un artículo que publicó en *El Cronista* y dice lo siguiente: "...algunos economistas pensaron

inocentemente que una vez que los activos fueran privatizados, los nuevos propietarios demandarían el gobierno de la ley. Es evidente que no conocen la historia. John D. Rockefeller no exigió las leyes fiduciarias del final del siglo XIX. Bill Gates no está exigiendo una política que regule la competencia. Los oligarcas prefieren al capitalismo amiguito y la cleptocracia por sobre el gobierno de la ley..."

Dos temas están en juego. Uno tiene que ver con el poder de los mercados, y el otro con la gobernabilidad. El poder, dice Ferrer en un libro que habla de hechos y ficciones de la globalización, radica en los mercados. De lo que se trata, afirma, es de que las democracias generen políticas amistosas. Amistosas para los mercados. Esta misma visión influye en el debate actual sobre la gobernabilidad, y asegura Ferrer que la ingobernabilidad consistiría en que las resistencias de las sociedades y sus sistemas políticos a ratificar las decisiones de los mercados. Cuando no lo logran, se tornan ingobernables.

Tanto el Partido Socialista como el Partido Comunista intentaban recorrer el camino de los frentes populares. Estaban aprendiendo de elecciones quizá lejanas, como las de Europa, pero también cercanas como las de Chile. La formación del Frente Amplio, el 5 de febrero de 1971, es un punto de inflexión en esta historia porque la izquierda tradicional logra la incorporación de importantes figuras y sectores escindidos de los partidos políticos tradicionales, el Partido Nacional y el Partido Colorado, sobre todo este último, con vocación de gobierno y con ejercicio casi de un siglo continuo de conducción en el país. Este partido ha sido muy confundido en nuestra historia ya no con el gobierno, sino con el Estado uruguayo. También hablo de un punto de inflexión con la creación del Frente porque además ocurre en la historia del crecimiento de la izquierda uruguayo y de sus aliados, un hecho fundamental: por primera vez el resultado del Frente es superior a la suma aritmética de sus componentes. Lo que significa, en términos políticos, una conclusión muy clara: se estaba generando un espíritu político frentista, que iba más allá de los sectores que integraban la coalición. Nació el frenteamplismo.

A partir de los dos primeros años de su fundación, el Frente Amplio tiene que atravesar por once años de dictadura. Una dictadura que se propuso varios objetivos políticos, pero desde nuestro punto de vista se fijó una meta muy clara: destruir al Frente Amplio. Claro: destruir al Frente Amplio. Porque señalar esto, porque al recorrer la historia estamos viendo cómo de un corazón de izquierda —concebida en términos tradicionales como partido tradicional—, la formación del Frente va ensanchando sus círculos concéntricos hacia sectores nunca alcanzados antes por la izquierda clásica; va ampliando con ello su llegada a la sociedad. Porque ahora tengo que decirles que el próximo hito de la historia es el año 1991, donde no ya los partidos Socialista ni Comunista ni los sectores escin-

didos de los partidos tradicionales, sino todo el Frente en su conjunto, en un recordado congreso, comienzan a desarrollar su propia estructura que lo lleva a la formación del Encuentro Progresista, nueva etapa en el proceso de acumulación proyectado hacia nuevos sectores de la sociedad. Creo que este proceso, además de haber vencido circunstancias muy duras como las de la dictadura, trajo consigo un constante crecimiento electoral. El Frente es la única fuerza política del Uruguay que no ha parado de crecer desde su fundación. Y este es un hecho importante. Aquí hay dos ingredientes: quizá la presentación de una alternativa política respecto de las tradicionales, y, seguramente, el fracaso de los partidos tradicionales para encarar los principales problemas del Uruguay.

En primer lugar, el Frente gana el gobierno de Montevideo. En segundo lugar, obtiene tres victorias consecutivas que le aseguran la continuidad por tres períodos consecutivos en el gobierno de Montevideo. Y finalmente el Frente Amplio se convierte, en las últimas elecciones de 1999, en la primera fuerza electoral del Uruguay. Es la primera fuerza, quizás tendríamos que decir la minoría mayor. Hoy el Frente representa el 40% del Parlamento y se ha colocado por encima de los partidos Colorado y Nacional. Perdió la presidencia en una segunda vuelta electoral, que está instaurada en el país desde que una reforma constitucional en 1996, aprobada por el voto popular de los uruguayos, institucionalizó el mecanismo de la segunda vuelta entre los dos candidatos más votados si es que uno de ellos no reunía la mayoría absoluta.

Ahora, quería ver también este proceso como un proceso de maduración política. Desde este punto de vista, me gustaría compartir con ustedes, al menos seis aspectos que quiero plantear a los efectos de una reflexión o debate posterior.

En primer lugar, esta trayectoria de nuestra coalición progresista

ha traído consigo un proceso de renovación de nuestras posturas y de las de la izquierda tradicional, en materia de las relaciones entre sector público y privado, entre Estado y mercado, entre sistema político y sociedad civil. Desde este punto de vista, nuestra fuerza es hoy mucho menos proclive que en el pasado a razonar el proceso social en términos de un estatismo fuerte, y mucho más dispuesta y abierta a percibir la importante función que juega el sector privado, el mercado tantas veces negado por la izquierda y, naturalmente, la importancia de la sociedad civil y de sus organizaciones en el proceso político. Hoy tenemos en el Uruguay una izquierda mucho más atenta a la importancia de las organizaciones de la sociedad civil en la gestación de procesos políticos.

La segunda es la revalorización de la libertad individual. En el pasado, la izquierda no valorizó suficientemente la importancia de la libertad individual, la vigencia de las instituciones de la democracia; tendíamos a diferenciar mucho democracia real y democracia institucional. Hoy hemos aprendido que la democracia real es muy importante, pero la institucional también. Y valorizamos las instituciones en las cuales participamos.

La tercera característica es la que refiere a la necesidad de una

reforma del Estado alternativa a la que hemos venido conociendo en los años de predominio neoliberal, pero también alternativa a aquella postura estatista de la izquierda en el pasado. Esto es, una izquierda abierta a encontrar un recorrido nuevo, que venza tanto a posiciones que siempre fueron renuentes a encontrar las fallas de la intervención estatal y que, por supuesto, supere a las dificultades de un neoliberalismo que en procesos de privatización muy despojados ha arrasado con elementos de defensa social absolutamente fundamentales, y de los cuales tenemos experiencias muy dolorosas en nuestra propia América latina. Por suerte el Uruguay, y en esto la izquierda ha tenido un desarrollo bastante oportuno, ha logrado evitar que se llevaran adelante procesos de privatización similares, incluso a los de Argentina tan cercanos geográficamente, que tuvieron como consecuencia efectos muy negativos en la sociedad. Y ha sido en gran parte porque la izquierda ha sabido, con dificultades por cierto, ubicarse en lo que podríamos llamar la búsqueda de una alternativa a las dos experiencias conocidas y que han fracasado. Hemos ido aprendiendo a percibir que el debate entre lo público y lo privado está crecientemente sustituido en este mundo por el debate entre monopolio y competencia.

## La trayectoria del progresismo uruguayo y su singular evolución

Danilo Astori

Querría, en primer lugar, hacer una brevísima síntesis de nuestra historia en muy pocas palabras. Porque creo que es relevante para entender lo que está pasando hoy con la coalición progresista uruguayo. En segundo lugar, y ésta es la parte medular de lo que intento transmitir, voy a hablar de lo que creo han sido los hitos del proceso de maduración política de nuestra coalición progresista, en una historia de por lo menos treinta años, desde la fundación del Frente Amplio en 1971. Y finalmente, hacer una brevísima conclusión que por lo menos a nosotros nos surge como un elemento fundamental en esta situación particularmente difícil, que vi-

vimos sobre todo en el Río de la Plata.

Sobre el primer punto quiero comenzar por recordar que los partidos de la izquierda tradicional del Uruguay, el Partido Socialista y el Partido Comunista, son una base absolutamente imprescindible para entender el nacimiento y el desarrollo posterior de nuestra coalición. Y son partidos muy viejos. En el Uruguay el Partido Socialista nació en 1910 y el Partido Comunista en 1920, apenas tres años después de la Revolución de octubre. Luego practicaron, a lo largo de décadas, diversas estrategias de proyección hacia la sociedad, que es lo mismo que decir diversas estrategias de acumulación de fuerzas, hasta la fundación del Frente Amplio, en 1971.



La cuarta es la estrategia de integración de nuestros países. Precisamente, nosotros no creemos, como economía pequeña que somos, como sociedad débil que somos, que haya otra forma de insertarse en esa sea del mundo globalizado que no sea adoptando actitudes y conductas colectivas en el marco de bloques regionales muy fuertes. Y por eso, defendemos la estrategia del Mercosur, que hoy vive momentos muy críticos, pero que tiene que ser con la incorporación de Chile y de Bolivia... una plataforma de lanzamiento hacia el mundo. Por eso también está planteada la aproximación a otros bloques como la Unión Europea, sobre todo en circunstancias en que la potencia hegemónica del hemisferio, Estados Unidos, con el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas, está avanzando sobre nuevos países, procurando una nueva área de hegemonía y de dominio. Hay que actuar con mucha inteligencia en estos tiempos que corren, sobre todo para definir el camino estratégico más acertado. Pero sería muy torpe elegir uno de ellos y prescindir de los demás. Sería inteligente jugar con todos los que sean posibles al mismo tiempo para obtener los mejores resultados para nuestros países. Pero en la inserción internacional, y en la estrategia de integración, nuestros países se juegan gran parte de su futuro, en un mundo que calculo irrevocablemente globalizado. El tema no es vencer y destruir a la globalización, sino reorientarla de la mejor manera posible.

En quinto lugar, la izquierda ha aprendido, muchas veces con dolor y con dificultades, a darle la importancia que tiene a la política económica. En el pasado, creíamos que no había que hablar de estos temas, como por ejemplo, los equilibrios económicos, la deuda externa, el déficit fiscal, las metas inflacionarias. Incluso teníamos una actitud despectiva hacia ellos. Nosotros entendíamos que debíamos dedicarnos a los grandes problemas estructurales de nuestra sociedad. Mientras tanto, las sociedades se des-

truían de a poco con enorme déficit fiscal, con enormes espacios de corrupción, e incluso con un comportamiento rentista de parte de esos sectores públicos fuertemente intervencionistas; con deudas que crecían, mientras nosotros no opinábamos al respecto. Hoy hemos aprendido que para seguir ganando espacios hay que poder discutir estos temas.

Y culmino señalando que la sexta característica que me gustaría destacar en esta trayectoria de crecimiento de la izquierda uruguaya, y de las coaliciones progresistas, es que creo que hemos ganado capacidad de gobierno. Desde el punto de vista del gobierno de Montevideo, ganar capacidad de gobierno quiere decir ganar capacidad de decisión. Ya no se trataba de hacer propuestas desde nuestra sede partidaria, sabiendo que no éramos gobierno, que sólo éramos oposición y que los demás decidían porque eran el gobierno. Ahora tenemos que decidir nosotros. Y eso se aprende. Y cuando se aprende eso, uno aprende que si se está en el gobierno y se quiere seguir siendo de izquierda, como se decía en la introducción, hay que aceptar que los márgenes de mani-

obra se estrechan. No se puede hacer siempre todo lo que se quiere. Hay que buscar acuerdos para resolver problemas de la gente. Porque a la gente, que está pasando hambre, que no tiene empleo, que no tiene para comer, no se le puede decir esperen que nosotros nos peleamos en el parlamento, y no se resuelve nada.

Termino con una conclusión. Estamos en momentos de dificultades muy fuertes. En Uruguay hay pobreza como no hubo nunca. En situaciones como éstas, me parece que hay que estar muy cerca de la gente. Por supuesto, hay que gobernar Montevideo, hay que estar en el Parlamento, pero hay que estar cerca de la gente. Una izquierda que aspira a ser gobierno, que es gobierno, ya no puede tener en el bolsillo el discurso crítico y carecer de propuestas de transformación. Junto con el discurso crítico, debe tener la propuesta de transformación. Y la propuesta hay que convertirla con la gente, hay que aprender de la gente, hay que transformar experiencias que la gente lleva adelante con muchas dificultades, en definiciones programáticas para generalizarlas al resto de la sociedad.

## Hoy apenas hay un estrecho margen entre limitaciones internas y externas

Michael Ehrke

Las preguntas sobre las perspectivas de coalición progresista son dos: la primera es cuáles son las perspectivas de estos partidos de conquistar y mantener el poder. Creo que esas perspectivas son bastante buenas, mejor que en todo el siglo XX. La segunda pregunta es qué es lo que realmente pueden hacer en el gobierno. Yo diría que pueden hacer más que cero. Pero las perspectivas de cambiar la sociedad están más limitadas que las perspectivas de conquistar el poder de gobierno. Por eso, trataré de dividir mi conclusión en esas dos

partes: las perspectivas de conquistar el gobierno y qué se puede hacer en el gobierno.

Primero, hay que poner en cuestión dos mitos sobre la socialdemocracia europea formulados, creo, por la misma persona, por el sociólogo Ralf Dahrendorf, quien habla del siglo XX como "el siglo socialdemócrata" y sobre la muerte de la socialdemocracia, o sea que con el siglo también muere la socialdemocracia.

Creo que los dos argumentos son mitos. Primero, el siglo XX no fue el siglo de la socialdemocracia. En la primera mitad del siglo, en Europa, tuvimos dos guerras mundiales, dictaduras fascistas y nacional socialis-

tas, tuvimos una crisis económica mundial. También había algunos gobiernos socialdemócratas en esa primera mitad del siglo, pero no eran capaces de modelar a la sociedad europea según sus principios. O sea, la primera mitad, tiene poco que ver con la socialdemocracia. Y si hablamos de la segunda mitad, los partidos dominantes de Europa fueron los partidos conservadores. La última elección en Inglaterra, con la victoria de Tony Blair, fue la primera vez en la historia que el Partido Laborista ganó dos elecciones en serie. Y si contamos en Alemania, dos tercios de los años fueron gobernados por el Partido Demócrata Cristiano, y no el Socialdemócrata. O sea, en Alemania, el Partido Conservador fue el dominante en la segunda mitad de este siglo.

El tercer punto es que se puede decir que aunque los partidos dominantes eran conservadores, las ideas de la socialdemocracia tenían un consenso más allá de los partidos. Eso es cierto. Pero ese consenso, respecto al Estado social en Europa continental (me refiero sólo a Europa continental, Inglaterra y Escandinavia son otra historia), esa concepción de Estado social es conservadora, es paternalista. Fue aceptada por la socialdemocracia, pero no es una invención de los partidos socialdemócratas. Bueno, el siglo no fue un siglo socialdemócrata.

¿Pero qué pasa con la muerte de la socialdemocracia en Europa? Hay buenos argumentos por los que debía haber muerto. El primer argumento es el decrecimiento dramático de la clase obrera, industrial o sea de la base tradicional de todos los partidos socialistas y socialdemócratas. Hay un dato muy interesante: en este año el número de los poseedores de acciones en Alemania es mayor que el número de la gente sindicalizada.

Segundo, la globalización, la dictadura del mercado global, lleva a que ningún partido pueda mantener una política social generosa, una política macro económica keynesiana, etcétera. Sin embargo, la socialdemocracia sobrevivió, y está ahora en

Europa en una mejor condición que en todo el siglo XX. Ahora, a pesar de las elecciones en Austria e Italia, en once de quince países de la Unión Europea gobiernan partidos socialdemócratas, o por lo menos participan en el gobierno, y en nueve países son el partido dominante de coaliciones, o bien partido único en el gobierno. ¿Por qué sobrevivió la socialdemocracia en Europa? Creo que hay dos razones que son a la vez un poco contrarias y complementarias. La primera es que gran parte de los movimientos de las décadas de los 60 y los 70—movimiento estudiantil, movimiento feminista, movimiento ecológico, movimiento por la paz, movimientos de derechos humanos, etcétera—buscaron como su punto de referencia a la socialdemocracia. No todos, había otros que en Europa formaban los partidos verdes. Pero gran parte entró a los partidos socialdemócratas y encontraron en la socialdemocracia algo así como una patria política. Esa es la primera razón: ese cambio de la socialdemocracia, de un partido obrero a un partido multicolor, con muchos grupos y movimientos sociales, muchas demandas diferentes. Y segundo, la socialdemocracia europea, logró cambiar su política y su imagen en algunos países bajo el lema de la "tercera vía"; en otros, en Alemania, con el "nuevo centro"; nadie sabe lo que es pero crea una nueva imagen de modernización. Este cambio de políticas, y de imagen, incluye la aceptación de ciertos elementos del capitalismo y de la teoría neoliberal, pero sin ese fundamentalismo de mercado que caracterizaba al gobierno de Thatcher.

Actualmente, la socialdemocracia en la mayoría de los países europeos es el partido más pro industrial, o sea que es el más racional y modernizador de los partidos que tenemos. Y eso también se debe a una crisis fundamental del conservadurismo. Por un lado, el neoliberalismo ya no es un proyecto político viable de conservadurismo en Europa. Después de Thatcher, eso ya no pasa. Eso fue un ensayo, pero el

gobierno democristiano alemán no fue neoliberal. El neoliberalismo ya no es un proyecto para la derecha. Por otro lado hay algunos problemas con los que el conservadurismo tiene más dificultades de maniobrar que la socialdemocracia. Un problema, por ejemplo, es la manipulación genética. Las partes de la derecha que siempre luchaban contra el aborto, ahora están en una situación en la que no pueden aceptar que por razones científicas, o comerciales, se usen los embriones humanos. Es una discusión que empezó en Alemania y en esta área la socialdemocracia es mucho más flexible.

Otro problema del conservadurismo es todo lo que concierne a la cultura nacional y a la inmigración. Ahora, la necesidad de evitar la inmigración, de poner énfasis en la cultura nacional, está contra los grandes intereses capitalistas porque las empresas la necesitan. También somos sociedades que envejecen: necesitamos inmigración. Y una posición política contra la inmigración ya no es racional en Europa.

El cuarto punto es Europa misma, la integración europea que en los años 50, 60 hasta los 70 fue aceptada pasivamente por la socialdemocracia. Ahora llega a ser un proyecto cada vez más socialdemocrático. Por una simple razón: Europa fue un mercado libre en sus primeros años, pero ahora es un sistema político genuino, que es mucho más que un mercado. Y eso tiene como consecuencia que para la socialdemocracia hay muchas más opciones políticas. Por eso, los conservadores—el mejor ejemplo son los de Inglaterra—se retiran de este proyecto de integración. Esa es otra razón por la que el conservadurismo es la peor posición en relación a los problemas más importantes de Europa.

Respecto de la segunda pregunta, qué pueden efectuar los partidos socialdemócratas o las coaliciones progresistas cuando están en el gobierno, hay que tener en cuenta que hay muchas limitaciones en la política. Muchas limitaciones internas, por ejemplo, la base electoral de un



partido. También la posición de un partido dentro del sistema partidario, ¿tiene que formar una coalición o gobernar solo? O ¿cuál será su socio? Otra limitación es el sistema de instituciones. En Inglaterra, el gobierno tiene casi todo el poder, mientras en Alemania, por ejemplo, el poder es mucho más difuso. Está el contrapoder de los estados, de las municipalidades, etcétera. Hay muchos contrapesos que inhiben la posibilidad de que el gobierno haga lo que quiere hacer. Y también hay que tomar en consideración a los medios masivos de comunicación, cuáles son sus intereses. Un partido tiene que producir los eventos que los medios quieren y, a la vez, los consumidores quieren cierto tipo de eventos. Por eso, hay que tener en cuenta el poder de los medios masivos. Esas son unas de las limitaciones internas.

Pero también hay limitaciones externas. La primera y más importante, para ustedes más que para nosotros, es el mercado global del capital. Simplemente, porque el tipo de cambio, y con el tipo de cambio, la tasa de interés y el margen de maniobra para la política macro económica, están dictaminados por el mercado de capital. También, relacionado con esto, la soberanía sobre el presupuesto estatal está limitada, porque uno se endeuda y se hace más dependiente de los acreedores, quienes tienen una gran influencia para limitar las opciones del gobierno. Otra limitación externa es la competencia intensificada por la llamada globalización. Todos los sistemas sociales aparecen con un costo que ya no se puede mantener por la competencia intensificada. Y para Europa, para nuestros países, hay otra limitación que es la europeización misma. Tenemos 80 mil páginas de derecho europeo, de regulaciones, de leyes europeas y la ley europea tiene supremacía sobre la ley nacional. Quiere decir, en el área de derecho, que ya somos como un Estado federal, aunque de hecho no lo somos, pero es otra limitación para cualquier gobierno nacional en

Europa el hecho de que haya un conjunto de reglamentos comunes que es obligatorio para cualquier gobierno nacional.

Ahora tenemos algo así como un corredor entre limitaciones externas e internas. Y diría que este corredor es bastante estrecho, o sea, el margen de maniobra de un gobierno bajo esas condiciones es limitado. Pero no es cero. Hay dos perspectivas: una es que en esta situación, donde hay pocas opciones, las diferencias políticas entre conservadurismo y socialdemocracia, y otras, vuelven a ser mínimas. Pero debe haber algunas diferencias, por razones electorales. Por eso, se inflan las diferencias mínimas hasta que se las pone en escena en los medios. Y la marca del traje del candidato es más importante que su programa político. Esa es una tendencia que crece. Nuestros partidos deben ser capaces de manejar la prensa, los medios masivos. Pero existe el peligro de que por falta de una discusión profunda, por diferencias profundas en los programas, la campaña política se reduzca a un espectáculo entre personas y eventos. Otra tendencia es la repolitización de lo que a primera vista aparece como objetivo no cambiante. Quisiera mencionar solamente un ejemplo, que son los sistemas de seguro social que tenemos. Está la opinión de que estos sistemas son

demasiado caros. Bajo las condiciones de una competencia intensificada, ya no podemos permitirnos mantener estos sistemas, porque es un costo en la competencia internacional. Yo creo que este argumento es totalmente falso. Porque, por un lado, los costos laborales totales que tenemos, la suma de todos los salarios tiene que adaptarse a las condiciones de la competencia internacional. Nuestros salarios no pueden ser mucho más altos que los de Francia o los de Inglaterra o los de Bélgica. Pero a la vez, ¿cómo distribuimos esta suma entre consumo directo, la previsión social y la solidaridad con los más necesitados? Esto es una decisión política que no tiene nada que ver con la globalización. Para crear las condiciones que permitan explicar las preferencias de una sociedad, necesitamos no sólo a los partidos socialdemócratas, sino también una sociedad civil fuerte, que sea capaz de articular realmente sus preferencias. Y lo mismo se refiere al Estado. La participación del Estado en el producto social no es sólo una pregunta macro económica, sino también política. Queremos seguridad pública, queremos un buen sistema de ferrocarriles, de infraestructura... Debemos saber que hay un precio a pagar. No es gratis. Pero es nuestra decisión política qué tipo de Estado, qué tipo de sociedad queremos.

## Situación acaso inédita de la coalición que gobierna en Chile

Jaime Gazmuri

Los socialistas chilenos formamos parte de una coalición de gobierno que ya lleva gobernando el país cerca de doce años y vamos a gobernar por lo menos dieciséis. Además, tenemos la intención de seguir gobernándolo después del término del presidente Lagos. Quiero decir que ésta es una situación absolutamente inédita en la historia de Chile. No ha habido coalición que

gobiernara durante tan largo tiempo. Claro, Pinochet gobernó dieciséis, nos va a ganar en uno, pero no era una coalición, o era una coalición de naturaleza muy distinta.

Querría compartir algunas reflexiones en torno a tres puntos. El primero, cómo llegamos al gobierno, cuáles fueron las condiciones que hicieron surgir la Concertación de Partidos por la Democracia, y que de alguna manera condicionan su propia existencia, sus propósitos po-

líticos, su consistencia y también sus límites. Segundo, qué hemos hecho en estos doce años. Creo que es una pregunta razonable para hacerla es una coalición progresista que ha estado en el gobierno. Y en tercer lugar, qué tenemos que hacer si queremos seguir gobernando a la sociedad chilena y emprender las tareas inconclusas.

Sobre el primer punto, creo que la historia es conocida. La coalición que gobierna el país nace en tiempos de lucha por la democracia. Es una coalición que se constituye en el proceso de resistencia a la dictadura de Pinochet, y en la reconstitución en el país de la sociedad civil, de su capacidad de movilización y de resistencia, desde la unificación de sus principales expresiones políticas. Es una coalición que se funda en dos grandes fuerzas: el centro y la izquierda socialista, por simplificar las cosas. En ese sentido, es una coalición estrictamente de centroizquierda. No hemos tenido el problema de los europeos de inventarnos un centro, porque había un centro ya bastante constituido en Chile como domicilio político, que era la Democracia Cristiana. Y existió durante todo este siglo también una cultura y partidos de izquierda relativamente fuertes, con importante raigambre social, principalmente en la clase obrera y en los sectores populares.

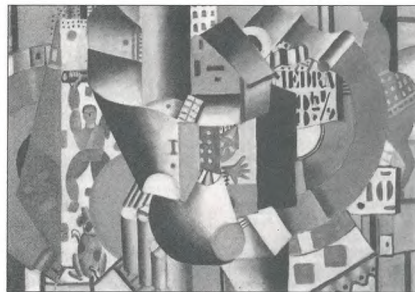
Es una coalición de fuerzas que históricamente se desencantaron durante todo el periodo de los 50 y 60 y comienzos de los 70. Son dos fuerzas que se vieron como competidoras, que portaban proyectos de transformación de la sociedad en el sentido progresista, pero que vivieron en la confrontación política. Y parte de la maduración de esas fuerzas fue la convicción en la Democracia Cristiana de que no podían aspirar a reconstruir la sociedad después de la dictadura con sus solas fuerzas. Ese fue un proceso que hizo posible la configuración de la coalición. Y en la izquierda, el desarrollo del proceso que en Chile se llamó de renovación socialista, que fue finalmente el encuentro de una parte de la izquierda

chilena con la democracia y con el diseño de un socialismo reformista. El objetivo central e inicial de la coalición fue la recuperación democrática y la lucha contra la dictadura. Esto le da a la coalición un fuerte objetivo histórico, un componente ético y político fuerte basado en la recuperación de las libertades y los derechos humanos. Y diría que es también, por sus elementos componentes una coalición muy sensible a la cuestión social, y por tanto, a los viejos temas socialistas y socialistas —la justicia social, la igualdad—, agravados por la crisis social que desató el temprano intento de aplicar una política neoliberal muy extrema del régimen de Pinochet. Fue un régimen que hizo reformas estructurales anticipadas a las que se hicieron en algunas otras partes de América latina, pero con unos costos sociales extraordinariamente grandes. Entonces, la lucha contra la dictadura se mezclaba además con la lucha por superar situaciones sociales muy intolerables. Tengo la impresión de que esos fueron los ejes constitutivos. Una coalición que se fundamenta en propósitos históricos de una cierta envergadura. Y eso hace que también la Concertación sea, a nivel ciudadano, más que una pura alianza de partidos.

En la liturgia republicana de Chile hay un momento muy particular que es el mensaje del Presidente al Con-

greso pleno, una obligación constitucional muy antigua mediante la cual, una vez al año, el Presidente va al Congreso y da cuenta de la marcha del país. El primer discurso de Aylwin podría ser, entonces, el manifiesto fundante de los objetivos de gobierno de la Concertación. Y allí Aylwin propuso cinco asuntos. Esclarecer la verdad y hacer justicia en materia de derechos humanos, como base indispensable de la reconciliación nacional. Democratizar las instituciones. Promover la justicia social, enfrentar el tema de las desigualdades y las inmensas insuficiencias sociales. Lograr bases de crecimiento económico, desarrollo y modernización del país. Y reinventar a Chile en la comunidad latinoamericana y mundial, después del agudo aislamiento que había vivido el país durante los años de la dictadura. Si uno mirara con la perspectiva del tiempo los resultados de la gestión de esta coalición en el gobierno, tendría que decir que, en general, los objetivos fundantes se han ido desarrollando y cumpliendo con bastante éxito.

Se reestableció la verdad histórica, se avanzó en los procesos de derechos humanos. Hoy Pinochet está siendo juzgado por tribunales chilenos, cosa que se pensó que nunca iba a ocurrir. Se ha desarrollado un proceso de democratización bastante complejo, aunque todavía no tenemos una institucionalidad plenamente



de democrática. Hemos tenido una década de crecimiento económico muy sostenido, un país que ha doblado en diez años su producto interno bruto, crecimos al 7,5% entre el 90 y el 98; tuvimos una crisis fuerte en el 99. El año 2000 nos da un crecimiento de 5,3%, lo que en Chile se ha visto como un rendimiento mediocre. Pero si uno mira el continente, las cosas son de una manera distinta. Logramos una reducción bastante sustantiva en las condiciones de los niveles de pobreza del país, la sociedad chilena era una sociedad donde con los mismos parámetros al término de la dictadura de Pinochet, el 45% de la población vivía bajo la línea de pobreza. Actualmente es un porcentaje muy alto, pero es el 21%, la mitad en términos absolutos y también en términos comparativos. Es un resultado que no es común en un continente donde, en general, los niveles de pobreza en casi todas partes han aumentado. En una década hemos reducido la pobreza a la mitad y doblado el gasto social. Creo que hay razones para haber tenido el respaldo popular sostenido que ha permitido a la coalición mantenerse en el poder durante once años, y haber mantenido la mayoría electoral en ocho elecciones generales.

Querría compartir con ustedes una reflexión que se dio en la Concertación en 1997. Ese año fuimos a una elección parlamentaria general y apenas sacamos el 50% de los votos. El debate sobre las causas, que obviamente fue un debate muy largo, nos dividió. Algunos dijeron: "lo que ocurre es que a algunos de nosotros no les gusta lo que estamos haciendo". Eso explica que no tengamos el entusiasmo suficiente como para encantar a la población con nuestros logros tan importantes. A estos sectores, en el debate interno los llamamos los autocomplacientes. Y muchos de nosotros dijimos, sin permiso de todo lo que estaba ocurriendo, que había temas no resueltos, asuntos que la política de la coalición no era capaz de percibir que tenían que ver, básicamente, con el mantenimiento de las desigualdades socia-

les, que no es lo mismo que la eliminación de la pobreza. Porque cuando coinciden los dos fenómenos, y los dos se agravan o coexisten, se confunden. Si uno suma crecimiento estable, aumento del empleo y aumento del gasto social, y mejora en su administración y focalización, evidentemente los niveles de pobreza disminuyen. Pero puede ocurrir que disminuyan dramáticamente los niveles de pobreza, pero que no disminuyan o que se mantengan o que se acentúen los niveles de desigualdad. Y la existencia de la desigualdad, a pesar de la mejoría de todos los sectores de la población, genera un conjunto de fenómenos de desconformidad social muy profunda. Nos ayudó mucho a la reflexión un muy buen trabajo empírico, no puramente analítico, que hizo el PNUD, los informes sobre calidad de vida del país, donde finalmente, después de mucha investigación, lograron concluir en la existencia de una sociedad muy asaltada por inseguridades y por temores. El informe señalaba tres tipos de temores: el temor al otro, a la diferencia y la figura del delincuente como el prototipo del otro, del peligro; el temor a la exclusión social, incluso en una economía dinámica. Y el temor al sin sentido, producto también de las rápidas transformaciones, de la veloz modernización de todas las estructuras. Creo que esto forma parte de los desafíos principales que vemos o que yo por lo menos veo hacia adelante.

Querría terminar planteando que percibo tres desafíos para mantener una coalición progresista que dé sustento a un gobierno de mayorías. Uno, es el tema de la calidad de nuestro sistema político. Vivimos la paradoja de que estamos en un debate constitucional, después de once años de transición, no tenemos una Constitución de mayorías. Pero al mismo tiempo, uno se da cuenta de que si se solucionaran esos problemas, el tema de la calidad del sistema político no se resolvería esencialmente. Quedan los temas de participación ciudadana, o de repolitización de la sociedad, de reforma de los

partidos, de reconexión de los partidos con bases sociales, de densificación de la sociedad y de la política. Y por lo tanto, yo creo que desde el punto de vista de una política de centro izquierda, el tema de la calidad de los sistemas políticos debe ser una preocupación central.

En segundo lugar, creo que la cuestión de la desigualdad se va a plantear en el futuro como el núcleo, el centro de las políticas progresistas. Si algo nos distingue de las derechas, es precisamente la aspiración a la igualdad. Ese es el sello característico. Diría que desde el punto de vista de los desafíos de la izquierda, los temas de la desigualdad y de la inseguridad son centrales. Si no somos capaces de generar políticas públicas que permitan que los ciudadanos vivan en un marco de mayores seguridades, tengo la impresión de que va a ser muy difícil en el futuro distinguir, salvo en elementos culturales y otros que son muy importantes, gobiernos de centroizquierda de mera administración. Y eso obviamente vincula al tema que se ha planteado aquí, de cuáles son los márgenes en política económica y social en el marco de una economía globalizada. Comparto completamente que la globalización es una nueva fase de los fenómenos de internacionalización. Creo que es irreversible, que tiene muchos aspectos positivos y está lleno de peligros. Entendi perfectamente las protestas contra la globalización. Fueron también las protestas que hubo en el siglo pasado contra la industrialización. Son impulsos que política e históricamente están condenados al fracaso. No hay un margen para hacer políticas macroeconómicas keynesianas. Se acabó. Por lo menos en esta vuelta. Y hay que aprender a hacer bien las cuentas. Nosotros hemos aprendido y ya no creo que sea una política de derecha. Creo que es la condición para tener economías que funcionen. Se es más independiente con 3,5% de inflación que con 45% de inflación. Y la distribución en los márgenes del producto interno también es objeto, o puede ser objeto de política.

Yo no creo que no haya ningún margen nacional. Sí hay restricciones internacionales que son muy severas. Pero creo que ahí hay que hacer un análisis mucho más fino si queremos tener políticas progresistas y progresivas. Porque si partimos de la base de que no hay ningún margen nacional, yo como político por lo menos, me voy a casa.

En tercer lugar, hay que fortalecer los instrumentos y la institucionalidad política de la globalización. Vale decir, si hay asuntos que están fuera de nuestras manos, como Estados nacionales, es evidente que la esfera de la internacionalización de la política, es el camino que tenemos que seguir para ir asegurando políticas progresistas en el mundo. Esto me parece elemental. Creo que a las izquierdas nos cuesta menos esta dimensión. Porque el internacionalismo está en nuestro origen. Es genético. Sobre todo las izquierdas que venimos de la tradición marxista, más que otras izquierdas. Porque el viejo Marx efectivamente descubrió el dinamismo del capitalismo y su otra cara. Y ese descubrimiento no ha cambiado tanto. Lo que ocurre es que algunas izquierdas, sobre todo las más testimoniales, miraron sólo el lado oscuro de la medalla. Y Marx fue capaz de descubrir los dos lados. Porque el dinamismo de la globalización también encierra una promesa posible de liberación humana. Y sobre ello, actúa la política, actúa la capacidad social. Y esa capacidad, hoy día, no puede ser puramente nacional. Lo que hay que hacer es repensar y ocuparse de cómo podemos ir influyendo o construyendo un orden político internacional de lo menor a lo mayor.

Y termino con una referencia a nuestros temas más del barrio. Estamos en un debate que en Chile ha sido muy intenso, Mercosur, ALCA, la asociación con Europa. Sólo que sería decir que a mil juicio, el déficit que tenemos en América latina, es el debate sobre la construcción política de la integración. Creo que no bastan las uniones aduaneras que, además, hemos visto que son muy frágiles. El

tema es si estamos dispuestos o no a generar institucionalidad política. Esto puede ser gradual. Pero yo no veo una integración económica sólida si no tenemos ciertas disciplinas macroeconómicas comunes. Porque si no, efectivamente, las cosas van a pasar por al lado o por encima de América del Sur como un actor en el mundo que viene. Y los actores no se

miden solamente por la magnitud de sus mercados, que es muy importante, sino que también se miden por la capacidad que tienen de ponerse de acuerdo en las grandes cuestiones de la política internacional. Y eso, para que sea sólido, necesita instituciones. Y por tanto la capacidad de perder parte de la soberanía. No hay otra manera.

## Debemos pensar a Brasil en el marco de una exitosa integración regional

Roberta Freire

Brasil tiene una tradición de izquierda, una cultura de izquierda comunista. Careemos de la historia de partidos tradicionales que tienen Chile o Uruguay e incluso la Argentina. El Partido Comunista es el único que sobrevivió desde 1922; los demás partidos se transformaron en etiquetas electorales sin fundamentos políticos ni ideológicos. No tuvimos ninguna cultura socialista democrática: la cultura socialista en Brasil fue cultura comunista.

El Partido Socialista, en la época de la socialdemocracia europea, nació en Brasil recién en la década de los 40, con el fin del Estado Novo. Esa ausencia de tradición socialista podría considerarse una ventaja paradójica. Porque en Brasil se construyó la izquierda más fuerte de América latina con perspectivas concretas de llegar al poder. Sólo que es una izquierda muy compleja, confusa. El PT, que hoy representa a un tercio del electorado brasileño y administra grandes ciudades —entre ellas, la mayor, San Pablo—, es la mayor de sus organizaciones. Este partido está en un paradero evidente: sostiene posiciones antiglobalizadoras que son antagónicas con la mejor tradición de izquierda. La globalización es el nuevo nombre del proceso que acompaña toda la aventura progresiva de la humanidad. Es interesante, en este sentido, volver al *Manifesto*

Comunista, donde Marx habla del cosmopolitismo de la burguesía

La palabra socialdemócrata tuvo siempre un sentido peyorativo en la política brasileña. El Partido Popular Socialista es hijo de un proceso contemporáneo al de transformación del PC italiano en PDS. Nuestra discusión fundacional, estuvo vinculada a la necesidad de dejar de ser una izquierda que mira para atrás. Creo que el debate abarca también a las fuerzas de izquierda de otros países.

El gobierno de Fernando Henrique Cardoso, con el proceso de reforma del Estado, puso en tensión a la izquierda brasileña. Al progresismo le cuesta entender las necesidades de la época: la emergencia de un nuevo modo de producción en la sociedad industrial. La economía requiere de otro Estado, con capacidad para controlar y fiscalizar; el propio Estado debe cambiar. El Estado tal como lo conocemos no tiene más de doscientos años de historia y no tendrá doscientos años más. Estamos viendo el principio de su fin

Es muy importante el proceso de integración regional. No se trata solamente de mercados sino también de la afirmación de valores culturales comunes. Brasil y Argentina tenían una historia de relaciones artificialmente separadas; a pesar de eso hemos avanzado mucho en la integración aun con la resistencia de sectores de la elite brasileña y a las dificultades de la economía argentina.



El de Fernando Henrique Cardoso fue el gobierno más reformista de la historia brasileña: ya somos un Estado diferente. Desarmé la base del empresariado prebendalista respecto del Estado. Es el caso de Antonio Carlos Magalhães, que se transformó, en alianza con el Estado, en el gran empresario de las comunicaciones en Brasil. Hoy tenemos las telecomunicaciones y el petróleo en un proceso de comple-

tencia no monopólico. Se privatizó la economía para hacer más público el Estado. ¿Cómo reacciona la izquierda frente a esos cambios? El ejemplo europeo muestra que los partidos comunistas que resistieron la integración continental quedaron reducidos a una mínima expresión. Cuando el PC de Brasil produjo sus cambios lo hizo en el contexto de esta necesidad de cambio. Y ahora el partido comienza a ser una fuerza

política importante, con chances de disputar la presidencia de la república a través de Ciro Gomes.

Hemos logrado tensionar a la izquierda brasileña de manera que el PT asume hoy posturas programáticas que hubieran sido inimaginables hace un tiempo. Necesitamos pensar a Brasil no en los clásicos términos de la soberanía nacional sino en el contexto de una exitosa integración regional.

## Segunda Jornada

# La coalición progresista en la Argentina actual

Juan Carlos Portantiero

**L**a rubrica general de estas discusiones es el papel de las coaliciones progresistas en el mundo de hoy, y en el caso de esta noche, el papel de ellas en nuestra sociedad. Y para eso, debemos partir inevitablemente de un balance entre las expectativas generadas por el triunfo de la Alianza, y los resultados de su gestión a casi dos años de gobierno. El triunfo electoral de la Alianza marcó la posibilidad de un cambio de eje en la política argentina, en la medida en que era la primera vez que una coalición explícita — porque hubo coaliciones implícitas bajo la dirección de un partido hegemónico— triunfaba electoralmente en la Argentina, planteando nuevos debates, nuevos desafíos y también nuevas posibilidades.

Las coaliciones en el mundo moderno son, evidentemente, la fórmula que parece más funcional a la evolución del sistema político y de la sociedad. En la medida en que cada vez parece más difícil, por distintos fenómenos, lograr mayorías abrumadoras y partidos hegemónicos o predominantes, las fórmulas de coaliciones aparecen aquí en América latina, y en Europa, ya con más tradición, como el expediente

más funcional, repito, para resolver los dilemas del sistema político. Esta coalición que había triunfado, con estos auspicios, y tratando de ser no una mera alternancia en el gobierno, sino la posibilidad de una alternativa de políticas, se proponía algunas cosas, no demasiadas, en el marco de las restricciones que sabemos que la política tiene en el mundo de hoy. Se proponía quebrar la curva de recesión que acompañaba a la economía argentina desde hacía dos años, comenzar a pagar al menos la deuda social que se había acumulado en la década del '90, recuperar el respeto a las instituciones republicanas y combatir a la corrupción que se había enseñoreado en las altas esferas del gobierno. Si hoy miramos el camino recorrido, vamos a ver que en ninguno de estos puntos podemos aborrazarnos de los resultados obtenidos. La recesión se ha acentuado, la desigualdad ha crecido, y la recuperación de las instituciones republicanas y la lucha contra la corrupción, si bien en ese sentido pueden marcarse diferencias notables con respecto a los diez años anteriores, no han sido lo suficientemente vigorosas como para que puedan ser percibidas por la mayoría de la sociedad como una bandera triunfante del gobierno.

Todos estos datos parecerían indicar que en la sociedad argentina estamos viviendo algo así como un final de época, con una crisis económica profunda, y sobre la cual no hay acuerdos acerca de los instrumentos que podrían recuperarla. También estamos frente a una crisis política, una crisis social y una crisis de valores. Quisiera detenerme en la crisis de la política, no porque las otras no sean importantes, sino porque hay una economía de tiempo que nos obliga a concentrar las reflexiones. La crisis de la política no es sólo crisis del gobierno, es crisis del gobierno y de la oposición. Y quiero subrayar que a mi juicio, la crisis de la política no consiste en que los legisladores ganen sueldos muy altos, en que los sistemas electorales puedan ser más transparentes, en que el financiamiento de los partidos deba llevar claridad acerca de los orígenes de los fondos. Todos estos son problemas, y son problemas que deben ser resueltos. Pero me parece que son problemas secundarios frente a lo que siento que es la verdadera crisis de la política en estos momentos de la Argentina. La crisis de la política para mí consiste en la incapacidad que tiene la política —por eso abarco gobierno y oposición— para fijar metas, para

dar rumbo a la sociedad. En este sentido, esta sociedad padece una crisis de discurso. Y vivimos una suerte de movimiento a la deriva, como resultado de esta crisis de la política que es incapaz de colocar la brújula de la sociedad hacia un puerto cetero.

En este período de globalización, todas las sociedades viven la tensión entre mercado y Estado. Entre economía y política. Todas la viven a partir de esa invasión de la economía y de esa invasión de los mercados sobre lo que antes era territorio de la política y de los Estados. Es un rasgo de época, no es un rasgo sólo argentino. Pero nosotros, lamentablemente, vivimos esta situación en el fondo del pozo. La Alianza, como coalición progresista, no ha estado a la altura de los desafíos. Hoy, a mitad del viaje, esa coalición, a nivel del gobierno nacional al menos, ha sido reemplazada por una nueva coalición que tiene como figura central al Ministro de Economía. Busca acuerdos fuera de la coalición, seguramente con gobernadores fuertes de la oposición, ha

desplazado de posiciones principales a estructuras fundamentales del partido mayoritario de la UCR, y ha colocado en un segundo plano, insisto, en el gobierno nacional, al otro componente de la Alianza, que es el Frepaso. Pero la nueva coalición es tan inestable como la anterior, por lo que parece, y hasta ahora, tampoco da en la clave ni atina con las soluciones para la crisis argentina.

Este es el cuadro en el que me gustaría que hoy situáramos nuestro debate. ¿Habrá que pensar quizás que la sociedad argentina no tiene salida? ¿Acaso queda tiempo para reconstruir los contenidos de la coalición que triunfó en 1995, y que se fue desgastando con el tiempo? ¿Habrá que ampliarla? Y si eso es así, ¿con quiénes? Esas son algunas de las preguntas que nos hacemos quienes queremos todavía recuperar las ilusiones sobre un futuro mejor para nuestro país, y que ahora traslado a estas dos figuras políticas que nos acompañan hoy, porque las creemos capaces de personificar esta esperanza.

## El futuro de las coaliciones se vincula con los resultados de la gestión

Anibal Ibarra

**Q**uiero contextualizar un poco el tema que nos convoca, porque nos convoca el progresismo, la perspectiva de una coalición progresista, y creo que el tema está invocado en el contexto inter-nacional que vivimos. Hoy tenemos un contexto de globalización, donde muchos auguraron el final no sólo de las ideologías, sino de los propios países reemplazados como serían por territorios o fronteras virtuales. Y la realidad fue mostrando otra cosa. Que si bien se ha perdido capacidad de decisión, y ha crecido la vulnerabilidad, el esquema de los países sigue siendo importante, la base territorial sigue siendo importante. Y reconocer la

globalización no significa tener necesariamente que adquirir o comprar la ideología de la globalización, que es bien distinto. Porque uno puede reconocer un proceso histórico, pero a partir de aquí hay quienes sostienen que la política debe manejarse casi al margen de la política, que la política debe ocuparse de lo suyo, que la economía marcha por otro rumbo, que ese rumbo se da del mercado. Y eso creo que es intrínsecamente la ideología de la globalización, que pretende imponerse como algo inexorable, imposible de modificar.

Por otro lado, hay criterios diferentes que afirman la posibilidad de maniobrar, de ir corriendo determinados límites y de utilizar herramientas en función de objetivos aún

dentro de ese esquema global, aún dentro de la vulnerabilidad, aún dentro de esas limitaciones del contexto. Por cierto, participo de esta segunda posición.

La pregunta es qué perspectiva tiene una fuerza progresista, y qué significa ser progresista en este contexto mundial de globalización. Y hoy podemos decir que el progresismo, o el futuro de las coaliciones progresistas está estrechamente vinculado con resultados de gobierno, y resultados de gestión. Porque también históricamente nos quisieron hacer creer que la eficiencia en la gestión, que los buenos resultados de una gestión, eran patrimonio de las fuerzas conservadoras o de la derecha. Que la izquierda era buena controlando, que el progresismo era incapaz de gobernar. Podemos decir que en América latina tenemos importantes espacios y fuerzas políticas progresistas gobernando en nuestros países. Esto significa una vocación de poder de la que muchas veces estuvimos alejados. Creo que es fundamental concebir a ese poder como herramienta transformadora de la realidad.

Hay objetivos que no pueden ser dejados de lado por una coalición progresista, y en este sentido, hablo de la transparencia y la ética en la política, pero también de lograr achicar los fuertes desequilibrios o las grandes diferencias que hay en una sociedad, de promover una mejor redistribución de la riqueza, y un compromiso social con los sectores más necesitados de una sociedad. Hay quienes, desde un proclamado progresismo, abujan o no asumen estas responsabilidades de gobierno, que son centrales para poder viabilizar estas coaliciones progresistas. Nosotros tenemos ejemplos y muchos, y lamentablemente en nuestros países, de pequeñas reuniones, de pequeños encuentros, que se dividen hasta el infinito y que siempre conviven alejados del poder.

Asumimos un gobierno con una falta de cultura de coalición, porque el radicalismo es un partido cetero-nario no acostumbrado a coalicio-

nes, y el Frepaso, una fuerza muy joven que creció en poco tiempo. Es decir, no había dos fuerzas que tuvieran una historia, una vocación de coalición. Necesariamente, cuando uno asume un gobierno, hay perfiles y líneas que se van implementando, hay conflictos, y a partir de allí, la coalición los soporta o fracasa y se rompe. Y esto creo que es lo que ocurrió en el ámbito nacional, con una coalición que no pudo soportar siquiera los primeros meses del gobierno, y que dejó al desnudo esa fragilidad de la cultura de coalición de sus componentes. Y la renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia fue un punto de inflexión, donde algunos pensaron que se perjudicaba Álvarez, porque la sociedad iba a castigar a aquel que renunciara a un cargo electivo. Puede ser que no se hayan equivocado, en todo caso el tiempo lo dirá. Pero lo que algunos no tuvieron en cuenta es que esto también iba a alcanzar al gobierno, y que lo iba a proyectar en una situación de debilidad que efectivamente ocurrió, en una espiral de debilidad que llegó al último recurso de tener que echar mano a Cavallo para frenar una caída que parecía no tener fin. En este sentido, de alguna manera, se puso en juego esa confiabilidad, esa expectativa en una coalición, que conscientemente e intencionalmente, asumí las expectativas de una sociedad.

¿Y qué pasa ahora? Creo que está pendiente, y sigo profundamente convencido de la existencia de un espacio progresista, de una coalición que exprese ese espacio progresista más allá de la coyuntura electoral que se viene. Estamos en una situación compleja, en términos de expresión política en el gobierno nacional, con realidades distintas en los distritos. Y quiero en esto exhibir a la ciudad de Buenos Aires, como un lugar que ha sostenido la coalición de la Alianza, aun en los momentos más críticos y donde se respetaron los compromisos electorales. Creo que es un ejemplo de cómo puede sostenerse una coalición progresista den-

tro de un gobierno. Por eso estoy convencido de que no hay que barajar y dar de nuevo. Tenemos espacios consolidados donde hemos hecho las cosas bien, donde tenemos referencias sociales en dife-

rentes distritos en el interior, con sitios institucionales en los que podemos apoyarnos para volver a conformar esa coalición que tuvo el respaldo electoral en las últimas elecciones.

## Pese a todo, las ideas de unidad de los sectores populares están vigentes

Federico Storani

**D**ijo bien Portantiero cuando señaló que este era el primer gobierno de coalición real. E iba a ser dicho bien, también, que fue una coalición de dos partidos en teoría, pero en realidad, era una coalición de coaliciones. Porque el Frepaso, inicialmente, es también una Alianza de partidos que en sí misma constituía una coalición. Y el radicalismo, un partido con una tradición que muchas veces hizo una mala identificación de la intransigencia: identificó intransigencia con individualidad partidaria. Y este fue un importante error estratégico durante un período de la historia de nuestro partido.

Cito como un antecedente la reunión de la confitería "El Molino" en el año 1994, que es un antecedente que tuvo rasgos positivos y negativos. Lo positivo fue que era transversal, que trataba de tener un corte en todos los partidos, con denominadores comunes de unidad de sectores populares. Y lo negativo es que fue una reacción más que una construcción consciente y profunda. Fue la reacción al Pacto de Olivos. Recuerdo muy bien que nuestra reacción fue: "por más contenido que le pongan al Pacto de Olivos, tiene nombre y apellido y es la elección de Menem". Lo cito porque el nacimiento de nuestra Alianza, fue como una reacción a otra alianza. El menemismo no era el peronismo clásico desde hacía ya bastante tiempo. Si trato de definir al peronismo como un componente fundamentalmente social de reivindicaciones de los trabajadores en un

período histórico, el menemismo no era eso. El menemismo fue el más espectacular proceso de concentración económica que registra la historia argentina moderna, con el proceso de privatizaciones hecho como lo estamos viendo que se hizo con Aerolíneas por ejemplo, con la participación como socios menores de algunos de los miembros de la burocracia sindical y el apoyo ideológico de los partidos de derecha conservadora. Porque el sueño dorado de la familia Alsogaray fue el gobierno de Menem. Nunca ganaron una elección ni con la Nueva Fuerza, ni con la UCD. Y sin embargo, esta vez el programa de Menem expresaba el proyecto de Alsogaray.

Y cuando las papas empezaron a quemar un poco, porque la situación se hizo cada vez más difícil, se dio la ecuación que se hizo históricamente en la Argentina, planteos liberales conservadores, acompañados de cierto autoritarismo político. No es casual que Bussi, Seineldin, Rico, Patti, etcétera, todos recalcaran en algún momento en el esquema de gobierno menemista, o como aliados del menemismo, es una alianza casi, para nuestra historia, natural. Antes se daba con golpes de Estado, ahora se da de otras formas y manifestaciones. No obstante esto, la Alianza que nosotros creamos vino a cumplir dos reglas de oro para el funcionamiento de la democracia. La primera era un desafío casi de subsistencia, equilibrar y controlar el poder. Con el Pacto de Olivos el poder se hegemonizó más, error de cálculo de quienes lo celebraron, que pretendían justamente acotar el poder. Concentré más poder y por

eso fue importantísimo equilibrar y controlarlo con el nacimiento de una fuerza que ocupara el espacio que amenazaba ocupar la propia variante del partido que se iba convirtiendo en hegemónico.

Quiero refrescarles simplemente la memoria: Duhalde en su momento se planteaba como la alternativa de Menem. Salvando la distancia, era un esquema de partido hegemónico, donde la oposición real no existía. Por lo tanto, hubiera sido un esquema donde el equilibrio y el control, reglas de oro de la democracia, no se darían. Por lo tanto, si yo tuviera que decir si la Alianza se justifica históricamente, aunque sea por esto, digo sí. Logró un gran objetivo que fue terminar con la hegemonía y garantizó la alternancia.

Ahora, por supuesto que sería falso de nuestra parte decir que esos eran todos los objetivos. No quiero hacer un juego de palabras, pero el gran desafío de la Alianza era construir una alternativa. La construcción de una alternativa refiere mucho más a los contenidos, a los proyectos, a las propuestas de cambio, de transformación. Y en ese aspecto tenemos asignaturas pendientes y son las más. Tenemos también algunos logros. Y creo que tenemos la posibilidad de reconstituir una alternativa progresista.

Ahora, observen ustedes que un gobierno de coalición en estas condiciones tuvo condicionamientos institucionales, políticos y económico sociales severos. Tanto que al principio del gobierno de la Alianza, se hablaba de si iban a existir condiciones de gobernabilidad, entendida como las condiciones mínimas que deben existir para poder desarrollar y aplicar un programa de gobierno. Y los condicionamientos eran, en todos los aspectos, fuertes. Repasemos rápidamente los institucionales. El gobierno de la Alianza no tiene mayoría en el Senado de la Nación. En la Cámara de Diputados de la Nación la Alianza sí tenía, al asumir, mayoría, pero no quórum propio. El Poder Judicial, al que no

debería incluir en este análisis porque en teoría es un poder independiente, sin embargo todos nosotros sabemos el rol que jugó durante el gobierno anterior, y por lo tanto, también constituía un condicionamiento de carácter institucional. La Alianza no gobierna 17 provincias. Entre ellas, las tres más importantes, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

El condicionamiento económico social, por su parte, operó como una forma de ir bajando los brazos a todo el esquema transformador que trajo inicialmente la Alianza. Porque recién se mencionaba en algunos aspectos tampoco se habían satisfecho las expectativas, por ejemplo, en algunas de las banderas tradicionales históricas de la Alianza como puede ser la lucha contra la corrupción y por la transparencia. Pero recuerdo que tenía en el Ministerio algunas estadísticas y encuestas, según las cuales antes del episodio del Senado, solamente el 12% de la población argentina tenía preocupación por la cuestión de la corrupción. Y era un dato muy alentador, porque la gente diferenciaba claramente el gobierno anterior con respecto a la situación de la corrupción, del gobierno que había llegado. Dijamos que separaba a la Alianza de la posibilidad de las prácticas de corrupción. También circuló al inicio del gobierno cierta versión: existe, se decía, un pacto de gobernabilidad a cambio de impunidad. Ustedes lo escucharon hasta el cansancio. Bueno, no hubo tal pacto. Y eso también tiene que incorporarse como una reivindicación. De haber habido tal pacto, no estaría pasando lo que está pasando en relación a la detención del ex presidente Menem.

Podría también agregar entre los condicionamientos políticos, la falta de unificación de personería en la oposición. Como Ministro del Interior que fui, hubiera preferido mil veces tener un peronismo unificado con el cual poder dialogar. Por lo tanto también se constituye la crisis de la oposición en un factor condicionante de la gobernabilidad.

Y ni hablar del sindicalismo, donde un sector planteó una guerra desde el principio y lleva ya prácticamente un record de huelgas generales.

El tema de cómo se concibió la Alianza, no fue homogéneo. Hubieron quienes planteaban a la Alianza como la construcción estratégica de una fuerza, que nació como la contracara de otra alianza, pero que iba a ir haciendo su política positiva; y también hubo quienes concibieron a la Alianza como una coyuntura electoral, como un instrumento electoral. La convivencia de estos sectores en el gobierno de la Alianza produjo una contradicción que era cada día más notoria y que se resolvía en cada una de las decisiones importantes. Para no aburrirlos, porque sería muy largo, todos los episodios que me parecen aleccionadores, que son, la crisis de octubre del año pasado, y la crisis de marzo de este año. Desde mi punto de vista, en estas crisis hay denominadores comunes muy interesantes. Porque algunos son superficiales en apariencia, pero que denotan que nunca se entendió del todo qué era un gobierno de coalición. Una prédica muy superficial en el círculo cercano del Presidente planteaba que tenía que reafirmar su liderazgo. Justamente la reforma constitucional de 1994, se produjo para atenuar el presidencialismo, porque una vez que se desgastaba la figura del Presidente venía el golpe de Estado, como ocurrió tantas veces en la historia, desgraciadamente. Y por el presidente por supuesto tengo respeto. Es una persona bien formada intelectualmente, ha hecho todo el escalafón de la política, desde legislador nacional, jefe de Gobierno de la ciudad, etcétera. Pero no es un líder carismático. Y pretender convertirlo artificialmente en un liderazgo de esas características era un grave error político, que a la larga, en vez de fortalecer, debilitaba. La crisis de octubre fue tomada como una cuestión de autoridad. Quiero que ustedes recuerden que el vocero presidencial en aquel momento, cuando anunció el cambio



de gabinete que precipitó la crisis, dijo que se hacía en nombre del liderazgo y la autoridad. Al otro día, menos de 24 horas después, se retrocedió, con lo cual el liderazgo y la autoridad sufrieron un serio deterioro.

En la crisis de marzo, a pesar de que los partidos de la coalición por todos los medios posibles recomendaron, diría, en una proporción de 99 a 1, que no se tomaran las medidas que se estaban por implementar, porque eran inviables política y socialmente, el argumento último fue la autoridad y el planteo de reafirmarla. Por supuesto que no creo que sólo fuera eso. Creo que hay también un segundo círculo, por decirlo así, que tiene más claro que el proyecto, el contenido, no era el de la Alianza original que quería la construcción estratégica con un sentido de transformación. Quieren la continuidad de un determinado modelo que tiene un fuerte anclaje en el sector financiero. Porque si no, no era entendible la convivencia en un gabinete, de algunos sectores que eran genuinos representantes del sector financiero que finalmente se impusieron en las políticas.

¿En qué situación estamos ahora? No gobierna la Alianza original, porque a pesar de que haya hombres y mujeres que pertenecen al Frepaso y al radicalismo no hay relación con lo que es un gobierno de coalición. Sigue existiendo una situación de

indefinición en el medio de una crisis económica profunda. Seguimos hablando de una recesión que entra en el cuarto año, con ascenso en el nivel de desempleo. Y se ha roto la esencia del proyecto original. No hay nuevo proyecto político a la vista y por lo tanto la situación de debilidad política profundiza la crisis económica. El desafío sigue siendo político.

Vuelvo entonces al planteo original. Dije que la Alianza se justificó históricamente, porque terminó con la hegemonía y garantizó la alternancia. Pero como no me conformo con eso, pregunto: ¿están vigentes las ideas de la unidad de los sectores populares? Absolutamente. Por lo tanto tiene que venir la nueva etapa de la Alianza que construye la alternativa. Una pregunta sería, si se construye con lo mismo. Bueno, básicamente, con las fuerzas políticas, como ha dicho Aníbal Ibarra, sí. Con los mismos actores y protagonistas no. Porque tenemos que ser también sinceros y claros, porque la crisis es también una crisis de confianza y credibilidad. No es un problema de discurso, es también de quién dice los discursos. La decantación se ha ido produciendo, yo puedo reivindicar gestiones como la de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la de varios intendentes del gran Buenos Aires, cuyas fuerzas en este momento pertenecen al Frepaso, Avellaneda, Lomas de

Zamora, Morón, muchos radicales en la misma situación; y legisladores de ambas fuerzas que han dado desde abajo una construcción transversal con un proyecto más estratégico. Pero no alcanza, porque se ha ido sufriendo un debilitamiento. Por lo tanto tiene que haber una nueva convocatoria a otros sectores económico-sociales y a nuevos actores y protagonistas que han surgido en este tiempo.

Tiene que hacerse. Porque si no, mi impresión es que ya no estamos en un problema del porvenir de las coaliciones y demás, sino en un problema para la situación institucional de la propia Argentina. Diría que no hay que hacer un gran programa sino proponer cuatro o cinco puntos, por la experiencia de la viabilidad de lo que tiene que ser un país. Primero, definir la relación de la Nación con las provincias, con una ley de coparticipación real, porque la discusión por los recursos no va más. Si no hay regionalización no hay viabilidad económica para gran parte de las actuales provincias. El segundo punto es la reforma política que nosotros iniciamos con una propuesta de primera etapa. Nunca dijimos que era el final. Pero ojalá cumpliéramos esta primera etapa. Cuando no presionan los medios de comunicación, retraemos al mantenimiento de ciertos esquemas corporativos de funcionamiento, que como se ha dicho, no es el problema central del país, pero que cuyo cambio ayudaría a ganar en legitimidad a quienes tienen que operar los cambios más profundos.

Agregaría como otro punto el tema del espacio regional integrado en el Mercosur. Es necesario confrontar con la visión que se pretende imponer desde el ministerio de Economía. Porque esto es la desnaturalización de cierta identidad sobre la cual es necesario construir en cualquier circunstancia y pase lo que pase.

Diría que con estos puntos y con algunos otros, se podría relanzar una nueva etapa de la Alianza con fuerza renovada. ■

